

carácter político de los matrimonios reales, buscarse alguna alianza para su aislada y solitaria familia. Sin embargo, con el peor consejo posible, sacó marido para su hija del seno de una dinastía destronada, de una rama de los Borbones, de unos príncipes reaccionarios refugiados en Roma, de la familia de Nápoles, que agravaba su aislamiento, su soledad en el mundo, y amenazaba más y más con la continuación de aquella política semi-teocrática y semi-absolutista, á cuyo término solo podía haber una verdadera catástrofe. El príncipe que eligió para su hija era valeroso y honrado; cumplido caballero y cumplidísimo militar; pero de escasas dotes personales: de génio sombrío, de carácter ágrío, y aquejado de una terrible epilepsia. La Reina quiso, como era natural, que se verificase con verdadera pompa el matrimonio de su hija mayor. Fueron, pues, invitados los duques de Montpensier que estaban á la sazón en Sevilla; y la Reina Cristina que á la sazón estaba en París. Los viajes de la Reina Cristina que tanta importancia política tuvieron en otros tiempos, la habían perdido, ó porque todo el mundo sabia que su hija no la escuchaba, ó porque ella misma convencida de la esterilidad de sus gestiones, se redujo á voluntario retraimiento. No así en verdad el viaje de los duques de Montpensier. La Reina pensó mucho en aquella invitación, y tuvo tentaciones de suprimirla, porque su hermana, ora por propia ambición, ora por ambición de su marido, tomaba cierto color político, defendía en términos acerbos á las oposiciones é invitaba á su mesa los desterrados de Madrid, al paso por Sevilla para Canarias. Mas los ruegos de su hijo, á quien le parecía extraña la ausencia de sus ilustres tíos, resolvió la cuestión, y la Reina invitó á su hermana á celebrar y enaltecer con su presencia tan fausto acontecimiento. Los duques á su vez discutieron mucho sobre si concurrir ó no, temerosos de que se diese á su paso por Palacio color de adhesión á la

política reinante en Palacio. Pero al cabo resolvieron ir por dos razones: primera, por manifestar claramente á la Reina cómo pensaban; y segunda, por recibir de sus amigos una manifestación ruidosamente anunciada. Apenas habian llegado los duques á Madrid cuando ya susurraban noticias de graves disensiones entre las dos hermanas. En efecto, doña María Luisa Fernanda con tono imperioso, acre gesto y duras palabras señaló á la Reina la necesidad de cambiar pronto, muy pronto de política. La expulsión de las camarillas, el apartamiento de la persona de Marfori, que tenia sobre la Reina excesiva influencia; la caída de Gonzalez Brabo y de todo el partido moderado; la amplísima amnistía á los innumerables proscriptos; la vuelta de los deportados; la renuncia á las conexiones y á las influencias teocráticas; el llamamiento del partido conservador y de los antiguos progresistas al poder; la reforma de las instituciones vigentes en sentido más progresivo fueron los medios, más que propuestos, exigidos por la Infanta á la Reina, para conjurar la terrible tormenta que amenazaba al trono. La Reina que durante dos años se habia visto completamente libre de toda oposición, parecia muy contrariada de que su hermana escogiese aquellos días tan solemnes para dirigirle indicaciones tan graves. Deseosa, sin embargo, de que el disenso entre las dos no fuese una riña entre hermanas, le respondió que la política propuesta se habia seguido en tiempos de O'Donnell, sin que diera ningun resultado, á pesar de haber hecho el sacrificio de reconocer el reino de Italia, y la grave innovación de rebajar á la mitad el censo, despues de devolverle á la cátedra su independencia y al periodismo su libertad.—«Desengáñate, dijo la Reina á su hermana, en la situación exaltadísima en que se ha colocado el partido popular solo se satisface con el destronamiento de la dinastía.»—«Cuyos derechos y cuyo poder está comprometiendo la política de tus ministros,

añadió la Infanta. Así no extrañarás que si tú y los tuyos llegais á la imposibilidad de sostener esos derechos, y de conservar ese poder, haya otros individuos de la familia que los recojan del suelo, y los personifiquen ante la nación.»—¡Ay! Qué ilusiones te forjas, le respondió la Reina. «El día que yo me vaya me llevo la llave de la dispensa.»

Celebróse entre estos disgustos de familia el matrimonio de la Infanta Isabel con su primo el conde de Girgenti. Las gentes que conocen Madrid saben cuan vistoso y alegre era un día en que la corte atravesaba sus calles principales de oficio y de gala. Desde el amanecer enarenado el piso, apercebida la tropa, agitados todos los que en la carrera tienen casa para arreglar sus salones y recibir á sus invitados dignamente. Los balcones se ornan de vistosas colgaduras, y de hermosísimas damas, cuyas graciosas cabezas, ornadas de cintas, gasas, blondas, parecen pintadas flores brotando en prados de mil varios matices; las calles se llenan de gentes curiosas, risueñas, que han tomado aquel pretexto para añadir un día de fiesta más al largo calendario de nuestros ócios; las tropas, con sus variados uniformes, discurren de aquí para allí; precedidas de sus respectivas músicas que envían á los aires marciales armonías, á cuyos ecos siente cada español hervir en su seno el génio militar propio de su raza; por un lado nuestra infantería compuesta casi siempre de los mejores regimientos en la capital; por otro lado la caballería, sonando su severa marcha en sus ágríos trompetas; ya ruedan los cañones con estrépito sobre los desiguales adoquines, ya caracolea el caballo de un jefe de Estado Mayor, que lleva y trae órdenes, dando al viento las celestes plumas de su bordado sombrero, ya pasa un general con el pecho cargado de cruces, y seguido de una cohorte de jóvenes ayudantes, que saludan y sonrien á todos los balcones; las salvas de cañon y el repique general de campanas aumentan la algazara y el estrépito; los

palafreneros vienen montados en soberbios alazanes y vestidos de áureas casacas y cubiertos de grandes galoneados tricornios que rematan franjas, semejantes á ténue plumaje de seda carmesí; en pos siguen los grandes coches, varios por sus formas y respetables por su antigüedad, dorados unos, argentados otros, este de voluptuosas figuras y multicolores guirnaldas, el otro de deslumbrador acero, en cuyas bruñidas superficies brillan venecianos espejos, el de más allá todo de concha y oro macizo, tirados por yeguas de hermosa estampa y lustroso pelo, enjaezadas con exquisito gusto ostentando vanidosas en sus frentes los erguidos penachos y en todo su cuerpo los brillantes arneses; y en los coches los gentiles-hombres, las damas de honor, los infantes de España, segun su respectiva categoría, por último la Reina, bajo los dos mundos y la corona real, con manto bordado, con traje de incomparable riqueza, cuajado el pecho de pedrería y ceñida la cabeza con su diadema de brillantes. Para ir desde Palacio á Atocha, donde el matrimonio se celebraba, y la misa de relaciones se decía fué necesario atravesar todo Madrid, sus calles principales llenas, henchidas de gentes. Carrera de amargura aquella última procesion oficial, carrera de amargura. Pasaba su madre silencio, pasaba su hija silencio profundo, pasaba ella misma silencio profundísimo. Algunos se calaban el sombrero con afectada irreverencia. Y hubo quien se atrevió á gritar señalando el cortejo: esta será la última vez. Y cuando los coches en que iban los duques de Montpensier pasaban, era de ver cómo se descubrian y se inclinaban todas las frentes, cómo se daban frenéticos vivas, cómo se hacian ruidosas manifestaciones que contrastaban tristemente con el amenazador silencio opuesto al paso de los reyes. La vuelta á Palacio se señaló todavía por mayores ovaciones á los príncipes y mayores irreverencias á los reyes. La Reina Isabel vió en sus hermanos unos conspiradores; y sus

hermanos vieron en aquella manifestación el anuncio de que la corona, próxima á ser arrancada por el huracán de las sienes de la Reina, iría á posarse sobre sus sienes. Al entrar en Palacio comprendieron los duques de Montpensier su incompatibilidad absoluta con los reyes de España.

¡Qué elemento de perdición para la dinastía habían traído los moderados á España con el matrimonio de la Infanta! Guizot, como buen profesor de historia, trataba de que el modesto Luis Felipe resucitase la política continental del orgulloso Luis XIV. Casar á la Reina con uno de sus príncipes, ó en defecto de la Reina, á la Infanta, era como decir al mundo que el Occidente europeo pertenecía á los Orleanses, y que esta familia no acababa de ser consagrada con el barro sangriento recogido al pié de las barricadas sino con el óleo santo de la tradición y de la historia. El partido progresista miró más que los orgullosos moderados por la dinastía de Borbon, oponiéndose á que se trasladara en España un vástago de la dinastía de Orleans. El espíritu del tratado de Utrech, una de las bases del moderno derecho internacional, era que jamás pudiesen recaer las dos coronas de Francia y España en una sola persona. Y el matrimonio de la heredera del trono de España con un príncipe de la casa reinante en Francia contrariaba el espíritu del tratado de Utrech. El interés político de Inglaterra estaba en que no pudieran repetirse los pactos de familia entre las dos coronas de aquende y allende el Pirineo, que le habían costado cruentísimas guerras y la pérdida de sus principales colonias en América. Y el matrimonio de la Infanta con el duque de Montpensier amenazaba con nuevos pactos de familia. Y se oponía Inglaterra. Pero Cristina y Luis Felipe, Guizot y Narvaez habían pactado el matrimonio; y era necesario cumplir el pacto á toda costa. Cuando los oradores progresistas decían que se iba á romper el tratado de Utrech, contestaban los modera-

dos: no habéis de eso, ya lo rompió Alberoni. ¿Sereis vosotros menos españoles que un italiano; y menos valientes que un cardenal? Y sin embargo, Pastor Diaz, triste, melancólicamente replicaba con estas elocuentísimas palabras; jamás arrancareis á mi conciencia un voto aprobativo á ese matrimonio; yo no quiero que mi patria sea la Polonia del Mediodía. Pero el mal mayor se lo infirieron recíprocamente las dos dinastías. Se lo infirió en sus relaciones exteriores Luis Felipe, porque desde aquel día, una potencia tan conservadora como Inglaterra, cuya amistad era de estimarse en subido precio, tuvo interés por derribarlo del trono, y por promoverle una revolución interior. Se lo infirió mayor á los ojos de sus propios súbditos, porque aquel rey modesto, hijo de convencionales, republicano de afición y de compromisos, representante de las clases medias, rey ungido, no en Reims, sino en el Hotel de Ville; Rey adorado, no en el templo, sino en la Bolsa; Rey que había hecho del mostrador su altar; Rey que tenía por núcleo de su aristocracia la clase media y por núcleo de su ejército la Guardia nacional; aquel Rey aparecía de súbito, como aspirante á los vastos imperios, á las grandes conquistas, á la presidencia de feudos continentales, á las complicaciones de la diplomacia y de la guerra, cual si el trono de cartón dorado en que se asentaba, pudiera soportar un ídolo tan férreo, tan fuerte, tan duradero como la política de aquel á quien llamaran sus contemporáneos para encarecer la singularidad y brillo de su persona el Rey sol, que esclarecía y vivificaba al mundo. Y si todos estos males había inferido el matrimonio á la dinastía de Orleans en Francia, los había inferido mayores aún á la dinastía de Borbon en España. Príncipes secundones, enriquecidos por sus padres para que se consolasen de la falta de un trono; y avaros ambiciosos al mismo tiempo, habían pasado los Orleanses su vida conspirando contra la rama primera de su familia; Gaston de Orleans contra el hu-

milde Luis XIII; Felipe de Orleans, contra el soberbio Luis XIV; el Regente, contra el triste Felipe V; el revolucionario Luis Felipe Igualdad, contra el pobre Luis XVI; y el hijo de Felipe Igualdad, contra el fanático Carlos X, concluyendo por mandar á su hijo menor á que conspirase contra los Borbones de España; ministerio que cumplió como los antiguos protagonistas de las tragedias griegas cumplían fatalmente su destino, devolviendo los honores, los títulos, la hospitalidad, las riquezas que había recibido del trono con una cooperación decidida á las revoluciones que debían destruirlo y hundirlo.

Las gentes impresionables que abundan en todos los tiempos y en todos los pueblos veían ya al duque de Montpensier y á su familia en el trono. Yo nunca lo creí. La manifestación célebre no fué de adhesión á los Duques, fué de protesta contra los Reyes. Madrid estaba disgustadísimo de su dinastía que en otro tiempo amó tanto, y aprovechaba cuantas ocasiones se le ofrecían de mostrarle su disgusto. Con motivo del casamiento de la princesa Isabel, van los duques de Montpensier á Madrid, asisten á la gran ceremonia, se presentan públicamente, precediendo á la Reina. Manera que Madrid tiene de manifestar su disgusto: silencio profundo y amenazador cuando pasan los Reyes, gritos y aclamaciones cuando pasan los duques de Montpensier. En Europa había muchos periódicos orleanistas que creían posible la realización de sus cánones capitales: restauración del reinado de las clases medias, retroceso al censo electoral, ministros responsables y Reyes inviolables, parlamentarismo oligárquico, y vinculación de todas estas vejeces en la familia de Orleans. Y naturalmente presentaban como candidato único al trono de España el duque de Montpensier, uno de los ídolos que adoran los viejos Conquistadores de París, los que se enternecen recordando los bailes de las Tullerías, las revistas de la Guardia nacional, y el rey ciuda-

dano bajo su histórico paraguas. Como en el palacio de Madrid habitaban entonces tantos remordimientos, cohabitaban con los remordimientos las alarmas. Y en cada príncipe veían los Reyes un pretendiente, ignorando que el temible, el único temible era el pretendiente, que reclamaba no una corona, sino su dignidad, su derecho, y que ese pretendiente es eterno, es inmortal, es invencible, porque ese pretendiente es la nación, es el pueblo.

Pero había una razón para que el gobierno temiese al duque de Montpensier y era el antiguo compadrazgo entre Gonzalez Brabo y el duque de Montpensier contra el gobierno y contra la dinastía bajo el nombre de O'Donnell. Corría el año de 1863. La revolución acababa de triunfar en Italia. Los Borbones habían caído en Nápoles y en Parma; sus próximos parientes en Módena y Toscana. La Reina Isabel, aunque teniendo en el poder á la unión liberal, forzábala á una política reaccionaria. Gonzalez Brabo se hallaba en la oposición y volvía á sus antiguas mañas de tribuno pronunciando ardientes discursos liberales, casi democráticos. Inquieto, perturbador, no se contentaba con las palabras, necesitaba la acción, necesitaba la lucha, necesitaba la guerra para ejercitar su febril actividad, y colmar su desmedida ambición. En tal estado pensó mil veces en el destronamiento de la dinastía reinante, y en su reemplazo por otra dinastía liberal. Se dirige pues al duque de Montpensier, le habla, le persuade, le compromete. Vuelve á Madrid, trama en los regimientos atrevidas conjuraciones, busca caudillos liberales, y si la revolución no estalló á la verdad no fué culpa de los que la tramaron sino del gobierno que la deshizo. Ministro omnipotente, acordábase Gonzalez Brabo de su camarada de entonces, y le castigaba porque le conocía, ¡Y cómo le acosaba! Sabía cuán amigo era el duque de sus comodidades y le mandaba para que se trasladara de Sevilla á Lisboa un barco desmantelado; sabía cuán

avaro era de sus sueldos y anunciaba en los periódicos oficiosos que iba á renunciarlos; sabía que no le era dado ir á ninguno de los países meridionales, únicos que probaban á su esposa que Francia le estaba vedada por las leyes é Italia por altas conveniencias políticas, y trabajaba para que le expulsaran también de Portugal; sabía que la política orleanista era contraria á la política prusiana é insinuaba en los consejos del Emperador que Montpensier se había confabulado con Bismark para aplastar á Francia. Son terribles las réginas venganzas.

De todos modos era nuevo y era extraño ver á la hermana de la Reina, á la compañera de los peores días, á la más distinguida de todas las princesas de la real familia, arrancada á su tranquilo y hermoso hogar de las orillas del Guadalquivir; proscripta como el último de los demagogos, acusada públicamente de conspirar contra el jefe de su familia, contra el trono de sus mayores, conducida en el peor de los barcos que habían tenido á mano sus enemigos desde la pátria á extrañas playas, donde aun la perseguían con grandes injurias, y la amenazaban hasta con desterrarla del lugar del destierro; espectáculo bien triste, y que venia á probar en último resultado cómo los sentimientos más naturales al corazón humano se pierden allá en las altas y frías cimas de los régios palacios, donde han creído ver las crédulas muchedumbres verdaderos dioses, cuando suelen albergar seres muy inferiores al comun de los hombres.

Ya no había remedio. La revolución estaba planteada formal y necesariamente por las provocaciones inauditas, increíbles de nuestra demente dinastía. Los medios de realizarla eran seguros. Y lo que todo el mundo temía, y lo que meditaba todo el mundo no eran los medios, no, eran las soluciones. Y efecto de la facultad con que la mayoría de las gentes recibe las impresiones del mundo exterior de la política, y de los hechos mayores, sin curarse de sus antecedentes ni de

sus consecuencias, pasaba por cosa averiguada y decidida que el duque de Montpensier y su esposa eran los llamados á ocupar el trono de España. Yo recuerdo ahora vivamente que á principios de Julio de 1868, cuando los mensajes y los mensajeros menudeaban entre Madrid y Lóndres, parándose naturalmente para evacuar alguna diligencia ó para tomar algun descanso en París, uno de los más adictos á la causa de la revolución y á la persona del duque de Montpensier, vino á visitarme en mi retiro de Passy y á decirme con seguridad la nueva dinastía llamada por el concurso de todas las circunstancias á reemplazar la dinastía expirante. Yo puedo repetir lo que entonces dije, porque lo mandé á los periódicos de América y lo guardo cuidadosamente. «Indudable es que los duques de Montpensier han prestado servicios á la revolución. Hablar con la nobilísima franqueza con que ellos han hablado; decidirse por los condenados y los proscriptos como ellos se han decidido; llevar el eco de nuestras quejas al seno de la cámara régia y escribir las fórmulas de nuestra protesta en el dintel mismo del trono, esfuerzos y servicios significan que deben ser de nosotros todos profundamente agradecidos. Pero no nos equivoquemos. Yo he visto aquí por necesidad uno de los príncipes de la casa de Borbon, mucho ménos importante y mucho más exaltado que los duques de Montpensier; y al verlo maldecir de la dinastía á que pertenece, trabajar por derribarla, héme visto por impulsos de mi honrada conciencia obligado á decirle que no trabajara tanto por su propia ruina, pues con doña Isabel II caerian á una para no volver á levantarse todos los Borbones con todas sus diversas ramas. Y lo que en su cara he dicho al Infante don Enrique debo repetirlo á un amigo del duque de Montpensier para que lo comunique á los ilustres príncipes. Yo viendo los ojos por toda Europa, yo no veo ningun candidato, ninguno tan imposible como el duque de Mont-

pensier. No juzguemos de las revoluciones y de su exaltación por la frialdad y la indiferencia de hoy. El agua que brota en los manantiales á igual temperatura parece fría en verano y caliente en invierno, á causa de los diversos estados del aire. La calurosa manifestación hecha á los príncipes en la glacial temperatura de nuestros reaccionarios días corrientes ha de ser oposición terrible, implacable mañana en los ardorosos y tempestuosos días de una revolución. El partido progresista se exaltará como siempre se ha exaltado en circunstancias análogas; tendrá un poderoso y decisivo influjo por algun tiempo, á causa de ser el partido de más tradiciones revolucionarias; y es enemigo acérrimo, irreconciliable de la casa de Orleans, que emplea cuantos medios tuvo á su arbitrio en la época de su gran poder para derribarlo y destruirlo. En un imperio absoluto debeis contar con el monarca principalmente; en una monarquía constitucional bien organizada con el gobierno; pero en una revolución, y sobre todo en una revolución española debeis contar principalmente con el pueblo. Inaugura nuestras revoluciones el ejército, y van donde quiere el pueblo. Y en el pueblo no se han extinguido las cóleras amontonadas por nuestra guerra de la Independencia. Y el duque de Montpensier es francés. Y en cuanto su candidatura se presente, los héroes de Bailén y Zaragoza, los mártires del 2 de Mayo, la pirámide del Campo de la Lealtad, la guerra épica de 1808, vendrán á destruir esa candidatura, y á imposibilitar ese trono. Luego, no hay que olvidarlo, cada revolución tiene su grito. Y esta revolución desde los tiempos de la guerra de Italia concebida, cuando los Borbones huían como los fantasmas de un sueño fatigoso, y se apartaban para siempre destronados en la hermosa Península nuestra hermana; esta revolución contra los Borbones asendada; esta revolución cuya materia cósmica han sido las ideas desprendidas de la propaganda más viva contra

B.

los Borbones todos; esta revolución no puede nacer ni desarrollarse, ni vivir sino al conjuro mágico de este grito: abajo los Borbones. Y convenid conmigo en que don Antonio de Borbon y Borbon; doña Luisa de Borbon y Borbon, acompañados de sus hijos, cuatro veces del apellido de Borbon, representarán difícilísimo papel en una revolución, cuyos gritos serán por fuerza: abajo la dinastía, abajo los Borbones. Los mismos servicios prestados á nuestra revolución de ahora les opondrán obstáculos insuperables para subir al trono en las soluciones venideras. Napoleón decía con buen consejo que la revolución francesa no tomó el camino de la revolución británica, no se empeñó en aliar la monarquía con las nuevas instituciones, con la democracia naciente, por ser incapaz de todo esto la vieja dinastía y carecer de otra nueva y que careció de otra nueva por culpa de los duques de Orleans. Y en efecto, no carecía el representante de esta familia el célebre Felipe Igualdad, de algunas dotes. Su adhesión á los principios revolucionarios era incondicional, su amistad con los hombres de las nuevas ideas completa, su talento claro, su habilidad grande, sus servicios muchos; y sin embargo, nulo su poder para levantar en aquella deshecha tempestad un trono á su familia, trono que hubiera podido servir de puente al paso desde una orilla á otra del río de los tiempos como de dique para contener las invasiones excesivas de la democracia en bien quizás de la misma democracia. Pero la impopularidad del duque de Orleans excedía á todo, porque nadie le perdonaba, ni los mismos revolucionarios, sus maquinaciones contra la propia familia, contra sus próximos parientes los Borbones. Era la noche en que la muerte de Luis XVI se votaba en la Convención. Hoy no podemos comprender la irritación que reinaba entonces contra los reyes. El martirio es un crisol que purifica de muchas manchas, y Luis XVI y María Antonietta se presentan á nuestra

9